

Es un hecho objetivo que la Semana Santa de Cuenca no sería lo que es si sus mismas procesiones, sus mismas imágenes, sus mismos sonidos, sus mismos nazarenos, discurrieran por las calles de otra ciudad. Nuestra Semana Santa está íntimamente ligada al marco arquitectónico y urbanístico que la acoge. Nada sería igual sin nuestras plazas y plazuelas, nuestras calles y callejas, nuestras curvas, nuestras cuestas, sin nuestras arquitecturas, sin nuestro paisaje.

Esta ciudad histórica Patrimonio de la Humanidad, que acoge nuestra particular representación de la Pasión de Cristo, se ve jalonada y enriquecida por pequeñas o grandes joyas de la arquitectura, que a veces olvidamos o relegamos a una posición secundaria, y que sin embargo tienen un papel primordial en nuestra Semana Santa.

San Pedro, San Felipe, San Andrés, "Las Petras", El Salvador, la Capilla de la Esperanza, la Iglesia de las Madres Concepcionistas Franciscanas de la Puerta de Valencia, San Antón, San Esteban, El Santuario de Las Angustias, San Miguel y, por supuesto, la Catedral, son las joyas arquitectónicas de nuestra Semana Santa. En ellas descansan nuestras sagradas imágenes, en ellas suena la voz de nuestros pregoneros y las desgarradoras notas de nuestro Miserere, en ellas velamos junto con la Madre la muerte del Hijo, en ellas, en definitiva, vivimos la Pasión.

Ya desde la reconquista de la ciudad a manos del rey Alfonso VIII se fueron fundando numerosas parroquias, no como meros edificios, sino como verdaderas subdivisiones organizativas y físicas del espacio urbano de la ciudad, responsables en gran medida de la fisonomía actual de la misma. Los repobladores de las recién reconquistadas tierras fundaron las diferentes parroquias consagrándolas a su patrón o patrona de origen, y en torno a ellas vivieron sus vidas tanto en lo político como en lo religioso o lo social.

A esa subdivisión de la ciudad en pequeños barrios

representados por sus respectivas iglesias, que con sus torres salpicaban el paisaje urbano, se vino a sumar la implantación de numerosas órdenes religiosas y militares, que fundaron conventos, hospitales y monasterios.

Fue en estos edificios religiosos donde nacieron las primeras cofradías y donde se organizaron las primeras procesiones.

Por suerte nuestras hermandades tomaron en muchos casos el nombre de sus iglesias o conventos de origen, lo que ha contribuido a que no dejemos caer en el olvido la importancia de estos edificios e instituciones religiosas, creadoras de la Representación que aún hoy realizamos y vivimos cada año. "De San Agustín", "de San Miguel", "de San Gil" o "de El Salvador" son, para desconcierto de profanos, algunos de los "apellidos" de nuestras hermandades, que no hacen sino evocarnos las iglesias donde se fundaron las cofradías, cabildos y procesiones.

Si nos paramos a reflexionar es fácil percatarse de que aún hoy las iglesias siguen siendo el "centro social" de nuestra Semana Santa. Puestas en andas, reuniones, vía crucis, adoraciones nocturnas, funciones religiosas, triduos y novenas, pregones, salida y entrada de procesiones,...y lo más importante, la custodia y culto de las sagradas imágenes que cada año, si el tiempo y los tiempos no lo impiden, desfilan por nuestras calles. Tenemos naves para guardar andas, locales de hermandades para realización de actos culturales y custodia de enseres, etc. pero las imágenes reciben culto ininterrumpido en las capillas y altares de nuestras iglesias.

La alegre entrada de "La Borriquilla" en la Catedral, las tétricas estaciones de penitencia del Cristo de la Vera Cruz ante las iglesias y monasterios del casco antiguo, la emotiva salida de la Virgen de la Esperanza a los acordes del Ave María o la del Medinaceli al son del Himno Nacional, la íntima incorporación del Ecce-Homo de San Miguel desde la iglesia de San Andrés, la solemne salida de la procesión de Paz y Caridad

